



SEÑORES:

QBSEQUIANDO la cortés invitación del Señor Rector de este Colegio, vengo á tomar parte en la festividad de esta noche, uniendo mi voz á la de tantos otros admiradores sinceros del ilustre personaje en cuya honra se celebra. ¡Ni cómo hubiera yo podido negarme á contribuir en lo poco que me es dable al esplendor de una fiesta que tiene para mí tantos encantos, cuando recuerdo los años de mi vida pasados en el tranquilo retiro de un colegio, sin más amor que el del estudio, sin otro afán que el de corresponder dignamente, á la grandeza y dignidad del magisterio que ejercía, sin ambicionar otra recompensa que el cariño de mis discípulos y la satisfac-

ción que causa en el ánimo el cumplimiento de un deber! Y si estos no hubieran sido motivos suficientes para hacerme arrostrar los peligros de hablar en público, (siempre temibles aun para los más avezados en el arte difícil de la palabra,) lo habrían sido sin duda alguna el respeto y la veneración que profeso al ilustre Obispo de esta Diócesi, cuyo natalicio celebráis.

Movido pues, por un doble estímulo, mi amor á la vida de colegio y el sentimiento de una respetuosa amistad, he venido á este lugar, no á pronunciar un discurso sino á conversar familiarmente con vosotros hablándoos de una materia que interesa demasiado á los alumnos de este Seminario, y que espero será del agrado de todos mis oyentes. Os ruego me perdonéis si apartándome de las costumbres establecidas y siguiendo la que con beneplácito general logramos implantar en las veladas que daba cada mes la Sociedad "Sánchez Oropeza" de Orizaba, me permito dar á esta sencilla alocución la forma de una conversación literaria acerca de la elocuencia cristiana, asunto que me parece propio para ser tratado en este sitio ante un auditorio selecto é ilustrado. Evocando recuerdos de tiempos que pasaron, cuando me encontraba rodeado de amigos fieles de los cuales

me separa hoy la distancia y aun de algunos la muerte, tal vez logre conmover vuestros corazones presentándoos á la vista el espectáculo grandioso del poder de la palabra humana iluminada por la fe, fortalecida por esperanzas indeficientes y fecundada por ardorosa caridad, allá en los primeros siglos de la edad cristiana tan admirables por sus obras como por los altos y nobles caracteres que en ellos se formaron.

Grande es el poder de la elocuencia. Los antiguos la simbolizaban en la estatua de Hércules, dios de la fuerza, de cuyos labios pendían tenues cadenas de oro con las cuales traía aprisionados á todos los que le rodeaban. De esta suerte daban claramente á comprender que la elocuencia alumbrando las mentes, y moviendo las voluntades, se sobrepone á la fuerza bruta, subyuga los afectos, calma ó enciende las pasiones y ejerce su dominación por medios tan suaves como las doradas cadenas que pendían de la boca de aquella divinidad.

Pero la elocuencia necesita un amplio campo en que extender sus conquistas. El aura vivificadora de la libertad meció su cuna en tiempo de las repúblicas helénicas cuando la voz de Demóstenes se hacía escuchar disputando á su rival Esquino el premio de una corona cívica; en Roma

cuando Cicerón defendía en el Foro la libertad de la república ó denunciaba ante el Senado las depredaciones de Verres procónsul de Sicilia. Gloriosa es sin duda la historia de la elocuencia en estos sus primeros períodos que yo no debo sino recordar aquí rápidamente.

La elocuencia, al hacerse cristiana toma nuevas formas, adquiere mayor imperio y extiende su poder á todos los ámbitos del mundo conocido. Nunca como entonces pudo decirse con mayor razón que su dominación fué universal. Nunca, en ninguna época ni en ningún país ejerció mayor influencia no solo cambiando la naturaleza individual del hombre sino también modificando las instituciones sociales y renovando, por decirlo así, la faz del mundo entero. Yo bien sé que el cristianismo tiene un origen divino, pero si para extenderse y propagarse en el mundo hubo de emplear medios humanos, preciso es confesar que al servirse de la palabra como de instrumento efficacísimo de persuasión, elevó la elocuencia á un grado tal de grandeza y de esplendor que no había alcanzado en los pasados siglos y que difícilmente conseguirá en los tiempos venideros.

Y no podía ser de otra manera. La elocuencia á mi juicio necesita para desplegar

toda su magnificencia, tres condiciones indispensables: acontecimientos extraordinarios en los cuales busque su inspiración grandes intereses que discutir, y una multitud ansiosa de escuchar las palabras que se le dirijan, bien sea para acogerlas con respeto y sumisión ó bien para combatir las con ardor. Ninguna de estas condiciones faltó á la elocuencia cristiana.

El advenimiento del cristianismo aun considerado desde el punto de vista puramente humano, es el acontecimiento más extraordinario y más transcendental que han presenciado los siglos. Se ha dicho que la cruz divide el mundo y así es en efecto.

Del lado del mundo antiguo el error y la incertidumbre en las inteligencias, la flaqueza en las voluntades, la frialdad en los corazones; en el orden social la esclavitud aceptada como ley de la naturaleza, los hombres divididos en dos grupos, el más numeroso el de los oprimidos, el menos numeroso el de los opresores; en una palabra, el completo predominio del egoísmo bajo sus formas más asquerosas y repugnantes.

Del lado del mundo cristiano una noción clara y bien definida del origen y del destino del hombre, la firmeza en los caracteres, la caridad en las almas, el dolor santificado y

bendecido, la igualdad de los hombres enseñada como un dogma y la abnegación proclamada como la base y el asiento de todas las virtudes.

En el campo en que combatían tan contrarios elementos, en medio del trastorno universal, entre los gritos de dolor y de rabia del paganismo moribundo y los primeros cantos de victoria del cristianismo naciente apareció la elocuencia cristiana. El espectáculo de los tormentos y los suplicios inspiró sus primeros acentos, porque ¿qué palabras puede haber más elocuentes que aquellas "christianus sum" "soy cristiano" de los primeros mártires? En su sublime sencillez encerraban todo un mundo de dolores y de lágrimas, pero también todo un mundo de esperanzas y de goces inefables.

Y no creáis que con el transcurso de los tiempos se modificasen tales condiciones. Es demasiado sabido que á los tres primeros siglos, llamados la era de los mártires, porque en ellos se derramó á torrentes la sangre de los cristianos en toda la extensión del imperio romano, que comprendía en sus límites todo el mundo conocido, sucedió el siglo IV, designado en la historia con el nombre de Siglo de los Padres, porque durante él la elocuencia cristiana

se elevó á su más alto grado de esplendor.

A los gemidos que salían del centro de la tierra, sucedieron las voces elocuentes de los apologistas cristianos, y las doctrinas que antes se enseñaban en voz baja, en la obscuridad de las Catacumbas resonaron con insólita magestad en las grandiosas basílicas de Antioquía y Constantinopla. Ya en el siglo tercero los cristianos pudieron dirigir por boca de Tertuliano á los partidarios de las antiguas doctrinas, aquellas célebres palabras que en su desdeñosa altivez atestiguan la rápida propagación del Evangelio y anuncian el triunfo definitivo del cristianismo. "Somos de ayer," les decía, "y ya todo lo hemos invadido, vuestras casas, vuestras aldeas, vuestras ciudades; tenemos asiento en el foro, en el palacio y en los tribunales; sólo os hemos dejado vuestros templos vacíos."

Y no es que fuesen aquellos, como pudiera suponerse, tiempos de obscuridad y de barbarie. El combate entre las antiguas y las nuevas doctrinas se prolongó durante el siglo IV, el período más esplendoroso de la civilización romana: y el paganismo encontró voces elocuentes y sinceras para defender sus vacilantes derechos ó llorar sus lastimosas derrotas en Libanio, maestro y

admirador de San Juan Crisóstomo, en Simaco, sabio y ardiente defensor del politeísmo, teniendo como último representante suyo á la erudita, simpática y desventurada Hepatía á quien un escritor moderno hallado la casta musa del paganismo expirante.

Oid cómo un crítico (1) imparcial contemporáneo nuestro, describe aquella época memorable.—Cito sus conceptos sin reproducir textualmente sus palabras: La voz de aquellos hombres extraordinarios, dice refiriéndose á los Padres de la Iglesia, se hizo escuchar en medio de la más asombrosa actividad de los espíritus, en Antioquía, ciudad del Asia Menor, la tercera entre las ciudades de imperio; en la turbulenta Alejandría, centro del comercio, patria de todas las sectas, poseedora de un magnífico observatorio fundado por Ptolomeo, enriquecida con inmensa biblioteca y en cuyos habitantes el mismo celo religioso tenía algo de sabio y erudito; en Constantinopla sede del imperio de Oriente donde el cristianismo hizo rápidos progresos, no obstante la sed de placeres que devoraba á sus habitantes; en Roma, la ciudad de los Césa-

(1) Villemain. Cuadro de la elocuencia cristiana en el siglo IV.

res, regada con la sangre de tantos mártires, y donde el paganismo herido de muerte libraba sus últimas y más cruentas batallas. La ciudad de Cartago, en un tiempo rival de Roma, sepultada durante siglos entre las arenas del desierto, cuando San Agustín fué á ella á estudiar las letras humanas, era una ciudad opulenta y populosa dotada de un magnífico puerto construido por Augusto, de ricos palacios y notable por su lujo y esplendor, no menos que por sus numerosas escuelas, á las cuales acudía una juventud ávida de saber á recibir lecciones de gramática, filosofía y elocuencia (1).

En medio de esta incesante actividad que se revelaba de mil maneras y se desplegaba bajo mil formas diversas, en las ciudades más opulentas, más ricas y más ilustradas del mundo romano, teatro de sus combates y de sus victorias, se desarrolló la elocuencia cristiana sometiendo todas aquellas altivas inteligencias y todas aquellas rebeldes voluntades al yugo de la fe.

Y si abandonando el campo de sus gloriosas conquistas nos detenemos un momento á examinar los intereses que discute,

(1) Monseñor Bougand. Historia de Santa Mónica.

¿cuánto no deberá crecer nuestra admiración?

Ya no es la voz de Demóstenes defendiendo la libertad de Grecia contra las acechanzas de Filipo, Rey de Macedonia, ni la voz de los Gracos pretendiendo reivindicar los derechos de los plebeyos oprimidos por los patricios, ni la de Cicerón denunciando al Senado la conjuración de Catilina, sino la palabra inflamada y ardorosa de los oradores cristianos anunciando á los hombres una doctrina de la cual depende la salvación del mundo, más que eso: la salvación eterna de las almas.

La elocuencia religiosa se encuentra colocada en circunstancias excepcionales que le dan una superioridad indisputable sobre los demás géneros en que se divide la oratoria. Si la elocuencia forense defiende los fueros sagrados de la justicia; si la elocuencia parlamentaria asegura la libertad de los pueblos, la grandeza y prosperidad de las naciones, una y otra hablan con la autoridad de la razón, se dirigen á un grupo más á menos numeroso de hombres y sólo interesan vivamente durante un período de tiempo determinado. La elocuencia religiosa habla con la autoridad de Dios los intereses que discute son eternos y en su universalidad comprende á todos los

hombres, como observa un escritor, porque no hay uno solo que pueda escapar á la ley de muerte á que está sujeto el linaje humano. Hasta la solemne obscuridad del templo y lo augusto de las ceremonias religiosas contribuyen á realzar su grandeza comunicándole un poder irresistible.

No debemos, pues, asombrarnos de que la palabra evangélica se hubiese propagado rápidamente en medio del paganismo, ni de que hubiese encontrado gloriosos intérpretes en los primeros Padres de la Iglesia, en mi concepto, superiores en elocuencia á los más afamados oradores de la antigüedad.

Los antiguos habían definido al orador diciendo que es un ciudadano honrado perito en el arte del bien decir, con lo cual querían significar que entre las diversas cualidades que deben adornarle, la primera es la sinceridad de los afectos que expresa nacida de una convicción profunda. ¿Y qué mayor sinceridad que la de aquellos hombres que convertían al mundo con sus ejemplos no menos que con sus palabras, que enseñaban la virtud practicándola ellos mismos, y exhortaban á los fieles á derramar su sangre por la fe llevando muchos de ellos sobre sus cuerpos las huellas del martirio?

Siento, señores, que la brevedad del tiempo y el temor de haber fatigado ya

vuestra atención, no me permita hacer algunas citas, siquiera fuesen breves, para comprobar la exactitud de los conceptos que he emitido. Siempre he deplorado que en nuestra enseñanza clásica se haya tenido en tan poco, hasta haberse olvidado por completo, el estudio de los antiguos monumentos de la literatura cristiana.

El conocimiento de las obras oratorias de los Padres de la Iglesia debe ser á mi juicio complemento de toda educación literaria.

Si á lo menos hasta hace pocos años se ha considerado indispensable para formar el buen gusto de los que se dedican al cultivo de las letras poner ante su vista las obras de Homero y de Virgilio enseñándoles á conocer y admirar la serena majestad del primero y la inimitable ternura del segundo; si se ha creído necesario para despertar su entusiasmo por los grandes triunfos oratorios presentarles como modelos dignos de su imitación la inflexible lógica de Demóstenes y la pompa y sonoridad de los períodos de Cicerón; ¿por qué dejar en el olvido esos otros admirables modelos que suelen encontrarse perdidos en el fondo de nuestras bibliotecas? ¿Cuánto encontrarían digno de estudio y admiración en las poéticas descripciones de las bellezas de la

naturaleza del mundo físico y de las armonías de la creación en el *Hexamerón* de San Basilio, en los patéticos discursos del Nacianceno, de quien algún escritor ha dicho que si se le ha llamado el Teólogo de Oriente con más razón debiera llamársele el poeta del cristianismo oriental; y sobre todo, en la incomparable elocuencia del Crisóstomo al mismo tiempo sublime y familiar, arrebatadora y popular y con la cual tenía aprisionada la imaginación movible de los griegos en el recinto de Santa Sofía de Constantinopla después de haber conmovido profundamente las almas en las basílicas de Antioquía!

Felizmente, señores, tal olvido no puede tener cabida en un colegio como este, especialmente destinado al estudio de las ciencias eclesiásticas. Por el contrario, en él debe estudiarse y en efecto se estudia, la elocuencia sagrada, no sólo en los períodos que ligeramente he bosquejado, sino también en todos los períodos de su historia.

Debo ya concluir. Os doy las gracias por la atención con que os habéis servido escucharne. La materia de que me propuse hablaros, es, sin duda, superior á mis fuerzas, pero me he dejado seducir por los atractivos que para mí han tenido siempre los estudios de este género.

La palabra humana empleada por la elocuencia no como simple expresión del pensamiento, sino como medio de convencer los entendimientos y persuadir las voluntades; de mover los afectos, de calmar y encender las pasiones, es instrumento poderoso de una dominación legítima. Es quizá el único poder ante el cual nos inclinamos sin sentirnos humillados, porque es ó debe ser en último análisis, el poder de la verdad, de la razón y de la justicia. Y si la elocuencia resplandece en tiempos tempestuosos, cuando las ideas combaten entre sí, las pasiones se agitan y la sociedad parece encontrarse á punto de perecer, entonces la figura del orador se destaca severa y majestuosa en medio de tantas ruinas, calmando las tempestades, imponiendo silencio á las pasiones, señalando el sendero de la verdad, salvando á las sociedades y cambiando el curso de los acontecimientos. Ante un poder tan grande todas las cabezas se inclinan y un sentimiento de justa admiración y hasta de legítimo orgullo al contemplar la grandeza del poder que Dios ha comunicado al hombre, conmueve profundamente nuestras almas.

Tal fué la elocuencia cristiana, y por eso ahora, después de tantos siglos, cuando las costumbres han cambiado, se han modificado las instituciones sociales y preocupacio-

nes de otra índole agitan de ordinario á los hombres, todavía nos sentimos hondamente conmovidos al recordar los terribles combates y los triunfos gloriosos de los primeros Padres de la Iglesia. Y me atrevo á decir más todavía: nos haríamos culpables de ignara ingratitud los que vivimos hoy, hijos de la civilización cristiana, alimentados con sus doctrinas, herederos de sus glorias, poseedores del rico tesoro de enseñanzas y de ejemplos que nos legaron nuestros padres en la fe, si olvidáramos sus espléndidas victorias y sus obras inmortales.

Yo deseo vivamente que el estudio de la elocuencia cristiana florezca en este Colegio, y me atrevo á creer que dedicarse asiduamente á él, como sin duda se dedican los jóvenes estudiantes bajo la acertada dirección de sus dignos superiores, es el más valioso obsequio que pueden tributar á quien teniendo la conciencia de sus altos deberes episcopales, tanto se afana por los adelantos materiales y científicos de este Seminario que debe ser, según lo indica su misma denominación, *verdadero semillero* de sacerdotes sabios y virtuosos.